

sayo con intentos de tratado va a tener muchos lectores; la gente joven que se abre camino sin conocerse a sí misma, se embriaga con la magia del teatro y la busca, porque al fin, aparte de auténticas vocaciones, encuentra en ella un esplendor de vida y unos sufrimientos tan deliciosos, y ajenos a la responsabilidad moral que entraña la vida misma.

Una nueva edición debería separar más el criterio técnico sobre la unidad del compuesto escénico que, reiteramos, es imprescindible como necesidad artística, de la jerarquía natural de las cosas usadas. Ojalá que el libro que destacamos por su agilidad, por su saber tan completo, por su magnífica utilidad, por sus observaciones ricas en experiencia del mundo de donde proceden, no sea fuente de intolerancia artística ni de desvíos de esa jerarquía de valores, ya que estéticamente tiene tanta exactitud.—*Alfredo Lefebvre.*



“EL GRAN DIVORCIO”, por *C. S. Lewis*. Ediciones Carlos Lohlé.
Buenos Aires, 1956

Empieza a publicarse en castellano un curioso escritor. El catedrático de literatura inglesa, don Arthur Tienken, nos proporciona las primeras noticias. Antes que nada el nombre completo: Clive Staples Lewis (n. 1898), porque hay una brillante constelación de varios Lewis, unos 7 notables y contemporáneos. El que nos preocupa, últimamente ha obtenido cierto auge de lectores. Su gracia es la fusión ingeniosa del humor y la profundidad. Esta en torno a las inquietudes trascendentes del hombre. Sus ensayos más destacados: *The problem of Pain* (“El problema del dolor”), del 40; *Screwtape Letters* (“Cartas de molde”), del 42; *Beyon Personality*, del 45, y *Miracles*, del 47; hay posteriores.

El hermoso título *Out of the Silent Planet* (1938) es la primera de una trilogía de novelas fantásticas. Probablemente la que tenemos entre manos, traducida al castellano, pertenecería a esa serie. Casi

semeja un relato de *scientifiction*, nos saca del planeta, nos lleva muy lejos, no a otras galaxias, sino a una región que después conoceremos, la que nos espera después de la muerte.

The Great Divorce nada tiene que ver con la ruptura del vínculo conyugal. Un prefacio sugestivo del autor dice modestamente: "Blake escribió *Las Bodas del Cielo y el Infierno*. Me he atrevido a escribir sobre el divorcio entre ambos". Quien conozca la genial poesía de W. Blake, el más vidente de los poetas ingleses, podrá desasosegarse algo. La enormidad del intento de Lewis obliga —por ambientación— a traer los nombres de Dante y su *Comedia* para ir conociendo el terreno que con el inglés vamos pisando, por donde circula su imaginación, por donde "aparecen" los fantasmas de hombres y mujeres que van a perderse o salvarse en el trasmundo, las transparentes figuras de Lewis. El no las condena ni las glorifica, las dispone a determinarse, ellas eligen su lugar definitivo, una vez esclarecidas las condiciones de salvación, *post mortem*. Se vale de un recurso muy original para animar sus fantasmas, inventa —al parecer inspirado en otro inglés— unas vacaciones del infierno, periódicas, que permiten a sus residentes hacer excursiones; algunos, los que fueron literatos, por caso, viajan a la tierra a rondar las librerías por enterarse si todavía se venden sus obras. Otros van al Valle de la Sombra de Vida, lugar principal donde se desarrolla gran cuerpo de la novela, una especie de precielo. Los encuentros de personas y las respectivas anagnórisis van tejiendo historias de punzantes miserias; algunas, sí, para reír a carcajadas, otras, para hacer más sensible la esperanza.

No describiremos los parajes que nos pinta Lewis, ni el Pueblo Gris, donde basta, al llegar, pensar en una casa para que ésta sea... , ni esos árboles precelestiales, de los cuales una manzana de oro pesa más que Saturno ni la música infinita de las cosas liberadas de toda pesadumbre... Al fin estamos dentro de una alegoría y de un fervor poético, tan bello, a veces, no siempre, como cuando tranquilamente dice el autor para explicar los caminos del existir humano: "La vida no es como un río sino como un árbol".

Hay algo en el libro superior a la misma fantasía y sostenedor de su estructura interna. Es el fondo teológico que preocupa al autor y se revela como el sentido y el mensaje a través de los diversos casos que presenta el relato. No se trata, felizmente, de predicación; el humor y la continua referencia a la realidad humana lo impiden; la moraleja sobrenatural la recoge el lector o no la recoge. Muchas veces se da en forma de paradoja, como una onda aún no agotada del mejor Chesterton resonando en este escritor anglicano. Un recurso usado por Lewis para discurrir sobre lo que contempla, oye o le preocupa es la compañía de un guía.

Así como Dante va con Virgilio por su Infierno, nuestro autor se encuentra con el escritor escocés George MacDonald por la mitad del libro; entonces vienen las preguntas, la alegoría se ilumina, y también los poderes de la vida, en su más seguro nivel. Como en el siguiente diálogo entre una fantasma y un espíritu que ellos escuchan en aquel valle de preciencia, diálogo de claridades:

“—No tienes piedad. Nadie tiene piedad. Ese pasado, como tú dices, era lo único que me quedaba. —Has rechazado todo lo demás. Has elegido la peor manera de tratar una pena. Has querido embalsamar un cadáver para conservar el objeto de tu pasión. —¡Ah! ¡Claro está! ¡Hice mal! Todo lo que hago o digo siempre está mal, según tu opinión. —¡Por cierto!, exclamó el espíritu tan resplandeciente de amor y felicidad, que me deslumbró. Eso es, precisamente, lo que todos descubrimos cuando llegamos aquí. Todos estábamos equivocados. Esa es la gracia; que aquí ya no hace falta seguir presumiendo. ¡Y basta admitir que no teníamos razón para empezar a vivir de veras!...”

Esta es la mejor teología del libro. Interesa a cualquier credo, aun no religioso. Así sucede en todo lo que se anima en estas páginas, originales, extravagantes, graves, alegres, desde la mera alegoría descriptiva hasta el símbolo místico, desde la bufonada hasta el grito trágico; se estimulan no sólo la inteligencia con diálogos, discursos y excursos, complejos, nutridos, o la imaginación, con desconcertantes

modificaciones de las leyes naturales, y paisajes insospechados, sino que, frecuentemente, todo ello cae en la conciencia.

Situaciones límites se ofrecen sucesivamente en el relato. Ellas perfilan caracteres típicos y realzan sentimientos en su estado más crítico, pues estallan en un momento urgente, en un punto de decisión definitiva. Ofrecen una amplia comedia humana, a veces, con atisbos de crítica social e ironía, otras con observaciones sabias y sabrosas. Siempre con toques hondísimos en la naturaleza humana. He aquí algunos casos.

El del creyente falso; podía cultivarse intelectualmente, dando conferencias y favorecer su iglesia, organizando muchas, muchísimas actividades de difusión religiosa. El rey de la acción. Mientras más actividad y más charlas y organización, mayor triunfo de su credo. Total, ni siquiera amaba la felicidad, le importaba más "la religión" que la divinidad. Y la superesposa, que pide le entreguen del cielo a su marido para cuidarlo, porque sólo ella puede hacerlo bien, ella a quien su marido le debe todo, ella, sin la cual su marido habría sido un don nadie, ella que siempre trató de hacerle un ambiente de relaciones sociales muy convenientes a su porvenir... Y el caballero ofendido para siempre, con una dignidad inmortal, y la avaricia del ladrón que trata de robar una manzana del paraíso, o la desviación del artista que quiere pintar ese paisaje celeste por amor a su técnica y no por amor a la luz que contempla. O el nihilismo del eterno amargado. O la pasión del sensual encadenado a ella después de muerto...

Variado mundo. Muy conocido. De todas las anécdotas se desprenden ciertas verdades para la conducta humana, porque todo esto que leemos no es más que un sueño literario, tanto en la visión trasmundana como en la interpretación de una oportunidad posterior a la muerte (el que en serio quiera saber sobre estos misterios debe leer *Lo que te espera después de tu muerte*, libro genial de Albert Frank-Duquesne).

Quedan en pie, a la vista del lector, con o sin el sentido sobrenatural, algunas cosas: el camino recto, la urgencia de tomar los

finés como fines y no los medios como tales, el aprender a perder, el amor a los valores por sobre los intereses personales, la primacía de la vida interior antes que el activismo espectacular, el respeto a los demás antes que nuestras ideas, y la tremenda necesidad de matar el lagarto para que se torne brioso corcel, bien domado.

El cielo o el infierno empiezan en este planeta, tan poco silencioso. Desde el día en que nacemos. El gran divorcio se dirime entre sacrificio o terquedad.—*A. L.*